

Prólogo

EL MISERABLE, o Apuntes para una teoría del nombre propio, de la inconfundible primera persona del singular, y de la voz como estado de ánimo

UNO El William Dubin y el Arthur Fidelman de Bernard Malamud, el McTeague de Frank Norris, el George F. Babbitt de Sinclair Lewis, el Jack «Dutch» Shea, Jr., de John Gregory Dunne, el Moses Herzog y el Von Humboldt Fleisher de Saul Bellow, el Tom Sawyer y el Huckleberry Finn de Mark Twain, el Pat Hobby de Francis Scott Fitzgerald, los hermanos de John Cheever, el Roger Ackroyd de Jules Feiffer, el T. S. Garp de John Irving, el Studs Lonigan de James T. Farrell, el Frank Bascombe de Richard Ford, el Harry «Rabbit» Angstrom y el Henry Bech de John Updike, el Cornelius Suttree de Cormac McCarthy, el Alexander Portnoy y el Nathan Zuckerman y el Mickey Sabbath de Philip Roth, el Harry Towns y el Stern de Bruce Jay Friedman, el Gould de Stephen Dixon, el Richard Winslow de Kevin Canty...

... y aquí y ahora —no se agite antes de usar, abandonen toda esperanza quienes entren aquí y, niños, no intenten hacer lo mismo en casa— el Peter Jernigan de David Gates.

DOS Desde mi infancia lectora —cuando abrí por primera vez para ya no cerrarlos libros como *Oliver Twist* de Charles Dickens, *El conde de Montecristo* de Alexandre Dumas y *Martin*

X PRÓLOGO

Eden de Jack London — siempre sentí debilidad por esos libros que llevaban el nombre de su protagonista en la portada. Me encantaba ver esos nombres propios que, aunque ajenos, a las pocas páginas eran también un poco nuestros, el nuestro. Detestaba, en cambio, aquellos libros cuyo editor había decidido agraciarse con un supuesto retrato del protagonista, imponiéndole una fisonomía que no tenía por qué ser la nuestra, la de nuestro Sandokán o Jane Eyre o Drácula o Capitán Nemo.

Pero lo del nombre era diferente, mejor.

Lo del nombre puro y duro y a secas y a quemarropa parecía decirnos: «Aquí adentro te espera alguien al que todavía no conoces pero ya nunca olvidarás».

Y resultaba ser verdad la mayoría de las veces.

Porque los escritores pueden engañarnos; pero sus personajes nunca mienten.

TRES Lo que no quita que Peter Jernigan —como varios de los nombres propios de personas impropias creados por escritores *Made in USA* que se invocaron más arriba, anunciándose ya desde el título— sea un mentiroso compulsivo para con los demás, para sí mismo y para con el lector. Lector que sigue sus órbitas cada vez más cerradas y peligrosas y en picada sin posibilidad de alterar — ¿para qué? — su trayectoria última y definitiva.

Y Jernigan es un miserable.

Miserable en todo el sentido y acepciones del término.

Es decir: alguien que se especializa en ser un infeliz y un desdichado sin que eso signifique, en más de una ocasión, no gozar —consciente o inconscientemente— de una poderosa y aparentemente inagotable capacidad para producir la infelicidad y la desdicha en segundos y terceros y décimos y centésimos y milésimos. Y el miserable, también, como alguien especialmente capacitado para iluminar esa región

oscura en la que el Sueño Americano está a apenas un parpadeo de distancia de la Pesadilla Americana.

Abundan los pioneros y los seguidores de su estela y buenísimo mal ejemplo: el Julian English de John O'Hara, el Kilgore Trout de Kurt Vonnegut, el Benjamin Hood de Rick Moody, el Ammie Fox de Paul Theroux, los Gary Lambert y Chip Lambert de Jonathan Franzen, el Michael Davenport y el Frank Wheeler y el John C. Wilder de Richard Yates, el Marshall Harriman de Ken Kalfus, el Frankie Machine de Nelson Algren, el James Orin Incandenza y el Hal Incandenza y el Don Gately de David Foster Wallace, el Kenny Becker y el Eric Cash de Richard Price, el Sebastian Dangerfield y el Cornelius Christian de J. P. Donleavy, el Henry Tyler de William T. Vollman, el Percy Bollinx de Walker Percy, el Harry Kramer de Leonard Michaels, el Frank Bascombe de Richard Ford, el David Axelrod y el Luke Fairchild y el Sam Holland y el Fielding Pierce y el Virgil Morgan y el Avery Jankowsky y el Daniel Emerson de Scott Spencer, el Randall McMurphy de Ken Kesey, el Fuckhead y el Nelson Fairchild, Jr., de Denis Johnson, el Bob Locum y el John Yossarian de Joseph Heller, el Tom Mota y el Chris Yop y el Joe Pope de Joshua Ferris, el Tyler Durden y el Victor Mancini de Chuck Palahniuk, el Holden Caulfield de J. D. Salinger, el Benjamin Braddock de Charles Webb, el Clyde Griffiths de Theodore Dreiser, el Gould y el Howard Tech de Stephen Dixon, el Stephen Rojack de Norman Mailer, el Don Birnam de Charles Jackson, el Tod Hackett de Nathanael West, el Stargell de Craig Nova, el Humbert Humbert de Vladimir Nabokov,* el Bret Easton Ellis de Bret Easton Ellis...

* Me he tomado la libertad geográfica de incluir al narrador de la *Lolita* de Nabokov considerándola como Gran Novela Americana. Aunque europeo, Humbert Humbert siempre me pareció una imprescindible cepa de cierto virus *ultra-destroyer* que parece afectar a muchos amorales y antihéroes norteamericanos.

XII PRÓLOGO

Jernigan —acercándose a sus cuarenta años y descendiente más o menos directo de aquel nadador, de ese otro marido rural y de los primigenios *mad men* que vuelven a los barrios residenciales de Vía Revolucionaria o a Bullet Park o a, sí, Heritage Circle en Nueva Jersey (que, nada es casual, para Jernigan luce como si aún fuera 1953), montando trenes alcoholizados después de jornadas terribles en la gran ciudad— es todo un *american psycho*. Una zona de desastre en constante movimiento. Un *ground zero* de infinitos dígitos. Un destructivo autodestructivo que, al estallar, irradia una peligrosa onda expansiva. Alguien que intenta leer a Jane Austen y a P. G. Wodehouse pero —enseguida, sin saber muy bien por qué o teniéndolo perfectamente claro— se distrae con una casi artesanal publicación/manual para náufragos en tierra firme titulada *El Superviviente Suburbano* mientras fantasea con hacer volar todo por los aires.

En cualquier caso, al poco tiempo, Jernigan se queda sin trabajo, y ¿a que no saben qué hace Jernigan súbitamente auto-prisionero domiciliario y con tanto tiempo libre en sus garras?

CUATRO Léí por primera vez *Jernigan* en 1991, el año de su publicación. Varias cosas enseguida me atrajeron del libro, por más que no tuviese la menor idea de quién era David Gates.

A saber:

- Era una primera novela.
- El apellido del protagonista ahí afuera y en letras grandes.
- El formidable diseño de cubierta* para una novela en

* Fue entonces cuando registré por primera vez la firma del nunca del todo bien ponderado «autor de portadas» Chip Kidd.

la que el «héroe» — me enteré por el texto de solapa — se bebía todas las botellas hasta el fondo sin encontrar ningún mensaje dentro de ellas, consumía todo tipo de pastillas y píldoras y sustancias controladas cada vez más incontrolables y, acaso lo más preocupante de todo: Peter Jernigan no podía dejar de ver episodios repetidos de *Star Trek* mientras se sentía atrapado dentro de *La dimensión desconocida*. Una idea de una sencillez genial que se las arreglaba para desarmar mi ya mencionada antipatía a todo retrato de personaje; porque, de acuerdo, ahí estaba la foto de Jernigan. Pero era una foto fuera de foco.

— Los *blurbs* en la parte de atrás: un cuarteto de lobos feroces que se habían especializado en hacer de la primera (y hasta de la segunda) persona del singular una rara forma de arte. La primera persona del singular como uno de esos cuchillos con los que te cortas casi sin darte cuenta en manos de monologuistas tan afilados: Joseph Heller, Barry Hannah, Jay McInerney y Frederick Exley. Me importó en especial lo que decía Heller — autor del clásico moderno *Trampa 22*, sí, pero también de la bestial y familiar y suburbana *Algo ha pasado*, para mí muy superior a su legendario debut — en cuanto a que *Jernigan* te enganchara desde la primera frase y no te daba ganas de soltarlo. O de que te soltara hasta el final.

Así que leí la primera oración y, sí, Heller tenía razón.

Y aquí estoy yo, casi dos décadas después, otra vez enganchado a *Jernigan*.

CINCO Por lo que no abundaré en detalles de la trama, en su perfecto elenco de secundarios de primera (donde destaca la criadora y asesina en serie de conejos Martha Peretsky, una de esas adorables locas que parecen haber escapado de

XIV PRÓLOGO

algún libro de Lorrie Moore o A. M. Homes o Mary Gaitskill, riéndose en la casa de al lado), en la sublime acidez de sus diálogos (con un regocijante uso de un turístico idioma español y en los que, por momentos, casi se oye el eco distante de risas enlatadas modelo *Curb Your Enthusiasm*), en su buen gusto a la hora de la *country music*, en el admirable uso dramático que se hace de un video de *Qué bello es vivir*, o en el tan doloroso como desopilante detalle de sus enormes y pequeños cataclismos mientras va bajando la temperatura ambiente y Peter Jernigan, cada vez más inflamable, se acerca más y más al punto sin retorno de la combustión espontánea.

Pero sí me detendré en el tono cromado con partículas de óxido y el sabor metálico que deja en nuestra boca su voz narradora —la de Jernigan— para contar una historia que no es nueva pero que, aun así, suena como si nunca la hubiésemos oído antes.

Una voz que tiene algo del ritmo sonámbulo e insomne de uno de esos *disc-jockeys* de medianoche que, de pronto, deciden dedicar toda la emisión al recuerdo de las canciones inmortales de David Ackles o Randy Newman o Warren Zevon, *songwriters* jerniganistas si alguna vez los hubo. Tipos preocupados en cantar a paisajes gótico-americanos donde, de pronto, todo es arrasado por un terremoto en el momento exacto en que un padre le dice a su hijo que «sólo quiero que sufras como yo sufro».

Una voz que recuerda a aquellas películas de los sesenta y setenta (y a los rostros entonces jóvenes pero experimentados de Alan Arkin y Elliot Gould y Charles Grodin y Donald Sutherland*) con el rigor improvisador de Robert Altman o John Cassavetes pero, también, con la calcula-

* En la piel de personajes desagradables que siempre se las arreglaban para despertar nuestra entre horrorizada y admirada simpatía.

damente imprevisible disciplina de Stanley Kubrick. Lo mejor de todos los mundos, sí.

Una voz que nos habla directamente y guiñándonos un ojo, sin anestesia, con perturbadora para nosotros e imperturbable para ella complicidad, segura de que de alguna manera —más allá de que nos cuente hasta el más mínimo detalle, como en una autopsia en vida, las cosas espantosas que hace y deshace— siempre estaremos de su lado. Porque, en alguna parte, nos gustaría *tanto* sonar *así* —ese genial ingenio que en un momento distingue entre momentos e instantes—, pero mejor no... Por lo que —seamos sinceros— no podemos sino detenernos a oírla con la misma perversa e inconfesable fascinación con que otros disminuyen su velocidad para ver más y mejor un accidente automovilístico o se ubican en las primeras filas para disfrutar de un incendio incontrolable.

Una voz que —esto me pareció (y me sigue pareciendo) muy interesante cuando lo leí en un reportaje sobre David Gates— no surgía del casi inevitable y automático reflejo autobiográfico de un primer libro, sino de otra cosa, de algo que se ubica a mitad de camino entre la posesión y el exorcismo. Decía Gates: «Comencé a escribir *Jernigan* en 1986 y la encaré como si se tratara de un experimento. Creo que lo que quise hacer fue llevar todas mis fantasías y mis peores cualidades hasta lo más extremo y ver qué era lo que salía. El aislamiento, el egoísmo, la insensibilidad, la indiferencia, la crueldad. Todas esas cosas terribles que son inherentes e innatas en todos nosotros. No creo ser el único que piense o se sienta así. Lo que no quiere decir que *Jernigan* tenga algo que ver con mi vida real. Yo no soy ni fui alcohólico.* Hay pequeños detalles míos, sí. Pero no demasiados. Pero su humor, su estado de ánimo, sí soy yo».

* «Pero el alcohol es una gran herramienta cuando se trata de desmontar o montar a un personaje», admitió Gates.

XVI PRÓLOGO

SEIS ¿Y quién era David Gates? Lo primero que supe por entonces y que despertó aún más mi curiosidad era que Gates había sido el primer marido de la escritora Ann Beattie. Yo ya había leído la magnífica *Postales de invierno*,* y me llamó de inmediato la atención la diferencia de registros a la hora de medir sentimientos. Enseguida supe, también, que el matrimonio de Gates con Beattie no había durado mucho tiempo ni terminado muy bien.

Y supe otras cosas:

Gates era oriundo de Connecticut, había nacido en 1947, el 8 de enero (fecha de aniversario que, le parecía digno de mención, compartía con Elvis Presley) y era hijo de una maestra y el dueño de un garaje y taller mecánico. Gates era hijo único y «quería ser beisbolista profesional pero no tenía ningún talento, así que acabé convertido en uno de esos bohemios de escuela secundaria: escribiendo poesía *beat* y tocando en bandas de *jazz* y *bluegrass*». Gates fue al Bard College en 1965 y fumó marihuana durante tres semestres y se fue de allí (o lo invitaron a que se fuera) y anduvo dando vueltas por Boston y Nueva York como recepcionista telefónico y taxista hasta sentirse «como un alma en pena». Gates decidió volver a las aulas en 1969 y se licenció como profesor de inglés en 1972, pero nunca concluyó su disertación final sobre Samuel Beckett (otro escritor con muchos nombres propios como títulos) a quien siempre ha considerado su héroe literario.** Gates se depri-

* Publicada en esta misma editorial y, sí, otra novela desencantada y depresivamente navideña; pero con una ternura que no encontrarán en ninguno de los copos de la nevada con la que también cierra ésta. Aunque —digámoslo, sobre todo en lo referente al recuerdo de su padre pintor, perfecta y fielmente retratado con unas pocas y certeras pinceladas— de tanto en tanto Jernigan se sienta sorprendido y comprenda que no debe subestimar su capacidad para tener alguna que otra «reacción normal».

** Dijo Gates: «Beckett escribe con tanta belleza sobre cosas tan desoladoras...

mió, dejó de interesarle la vida académica y ese mismo año se casó con Ann Beattie,* languideció en una casa alquilada de su región natal, intentó escribir y publicar y dibujar y ofrecer, sin resultados, su material a diferentes publicaciones, volvió a colgarse la guitarra para tocar música de los Apalaches en fiestas y bailes, y un día de 1979 un vecino le comentó que había una plaza de redactor en la revista *Newsweek*. Gates se presentó y consiguió el puesto de contestador de cartas de lectores.** Pronto, Gates comenzó a pasar de departamento en departamento hasta convertirse en redactor jefe y en una de las firmas más respetadas en la sección de libros y música, donde destacaría, años después, como uno de los entrevistadores de cabecera de Bob Dylan y autor de piezas polémicas y muy comentadas como «La paranoia del macho blanco: ¿Somos las nuevas víctimas o simplemente malos chicos?» que, seguro, Peter Jernigan leyó con sonrisa torcida de regreso a casa y dónde era que estaba mi casa, se pregunta Peter Jernigan. En 1980, Gates comienza a escribir ficción «en serio», abandona una novela de quinientas páginas que

Todos vamos a morir y moriremos a solas. Y vivimos en soledad. De acuerdo, vivimos en relación a otras personas. Pero mucho del ruido del día a día no es el ruido de la conversación sino el ruido de lo que se dice dentro de nuestras cabezas. Y Beckett es quien me habla a mí, y probablemente a muchos otros individuos de esos que, por alguna razón, pueden sentarse a solas en una habitación y ponerse a inventar cosas».

* Quien no tardó en convertirse en la reina de la revista *The New Yorker* y mudarse a Manhattan en 1980.

** Recuerda Gates: «Para entonces yo estaba tan loco... Intentaba aferrarme a cualquier cosa que me arrojaran. Me dieron una IBM eléctrica con esas pequeñas bolas de metal, y la bola que venía en esa máquina de escribir no tenía la figura para el número 1. Así que tenías que teclear la l minúscula cuando necesitabas usarlo. Así que yo me dije si tal vez no era que me estaban poniendo una especie de prueba. Porque si presionabas la tecla del 1 lo que te salía sobre el papel era uno de esos corchetes. Así que yo siempre tecleaba [979 para que no pensaran que no sabía dónde estaba la tecla del número 1».

XVIII PRÓLOGO

«vaya a saber uno de qué trataba» y —luego de publicar varios relatos muy bien recibidos en *Esquire* y *Ploughshares*— arranca con lo que será *Jernigan*.

Publicada en 1991, la novela es celebrada en todas partes* y queda finalista del Premio Pulitzer de ese año.

SIETE Desde entonces y hasta ahora, David Gates —quien no ha dudado en definirse como «un escritor poco dispuesto» al que le gusta tomar notas en el metro—** no ha publicado mucho más; pero todo lo que ha publicado es tan bueno como *Jernigan*.

En 1998 presentó su segunda novela: *Preston Falls*. Otra portada desenfocada y otro héroe/bomba de tiempo en caída libre: Doug Willis, quien un día decide dinamitar su matrimonio, olvidarse de una hija adolescente que considera racista *El señor de los anillos*, dejar su trabajo como relaciones públicas y desaparecer por dos meses para restaurar su casa en Preston Falls, tocar la guitarra con los muchachos del bar cercano, meterse polvo de marchar boliviano por la nariz y empezar a preguntarse qué se sentirá al atropellar con su camioneta a esos escolares que cruzan la calle. Por fortuna, el personaje y contrapunto lúcido de Jean Willis

* Despertando hasta el entusiasmo de la casi imposible de conmover Michiko Kakutani, quien, con gracia, definió la voz de Peter Jernigan como la de «un Holden Caulfield que creció y de pronto se descubre aprisionado en una novela de Richard Yates».

** Explicó Gates acerca de su teoría del escritor literalmente *underground*: «El metro es un sitio formidable para escribir. Es como un paisaje que desaparece. No hay nada allí que te interese mirar. No existen distracciones. Y al mismo tiempo sabes que todo eso durará un tiempo limitado. Así que, si eres un escritor poco dispuesto, hay como una promesa de que, si hay algún desperfecto y el tren se detiene en el túnel, la situación se solucionará en una media hora. Es agradable saber que llegarás a un punto donde podrás detenerte y salir de allí».

—esposa y diseñadora gráfica en Nueva York— nos da un respiro. Pero es un respiro breve y, seamos sinceros, sólo queremos volver y saber en qué anda o desanda Doug. *Preston Falls* recibió una vez más grandes reseñas y fue finalista del National Book Critics Award.

Y en 1999 llegó su primera y magistral colección de relatos y —más allá de numerosas críticas de libros para *The New York Times* y prólogos para libros que van de Jane Austen y Charles Dickens* a Donald Barthelme; que yo sepa no hay noticias de nada nuevo en el horizonte— su último libro hasta la fecha: *The Wonders of the Invisible World*. Con otra portada de Chip Kidd: foto, esta vez, en foco; pero mujer con la cabeza cortada por el encuadre. Otra vez, aquí no hay nada perfecto salvo el talento para perfeccionar las imperfecciones de la vida. Cuesta elegir uno entre ellos, son todos excelentes (y en ellos volvemos a encontrarnos con los nombres propios, la inconfundible primera persona del singular y la voz como estado de ánimo) pero, puestos a mencionar uno, me quedo con «Beating» y con una frase tan gatesiana, tan jerniganiana: «Mi primer pensamiento del día es: *Y se supone que somos buenas personas*».

OCHO Y está todo dicho, creo.

RODRIGO FRESÁN

* Donde, no está de más citarlo, leemos lo que sigue: «Toda novela probablemente sea un retrato de su autor, una autobiografía criptográfica en la que los dilemas dentro de la cabeza del escritor se proyectan como un mundo imaginario incluyendo a sus habitantes. En especial a sus habitantes».